

CAPÍTULO 6

¿Entreguerras o guerra permanente? Crisis del liberalismo (1914-1945)

Florencia Matas

Presentación

El objetivo de este capítulo es analizar cómo los cimientos liberales de la sociedad burguesa y capitalista, desarrollados a lo largo del siglo XIX, fueron conmovidos por el estallido de dos guerras mundiales, el triunfo de la primera revolución socialista, la gran crisis económica mundial de 1930 y la emergencia de nuevas experiencias políticas denominadas genéricamente *fascismos*.

Las luces se apagan en Europa: la Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) constituyó el desenlace de las rivalidades inter-imperialistas de economías nacionales industrializadas que, no sólo desestabilizaron progresivamente el equilibrio político internacional o *concierto europeo* establecido tras la derrota de Napoleón en 1815, sino que también evidenció la incapacidad de los gobernantes para detener la maquinaria militar mediante efectivas acciones diplomáticas. Conocida como la época de la *Paz armada* en alusión a la ausencia de conflictos bélicos intra europeos y a la vertiginosa carrera armamentista impulsada tras la finalización de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, el último cuarto del siglo XIX fue el caldo de cultivo de un conflicto generalizado sin precedentes, de una *guerra total* que involucró y movilizó sin excepciones a todas las sociedades de los Estados que intervinieron en ella, ya sea mediante la participación activa en los frentes de batalla como en el esfuerzo de sostén de economías reorientadas y puestas al servicio de una guerra inesperada e impensablemente prolongada.

La política exterior alemana del emperador Guillermo I y su canciller Otto Von Bismarck orientada a consolidar el predominio de Alemania en Europa y a la neutralización de Francia ante eventuales revanchas, condujo a una alianza con el imperio austrohúngaro e Italia en 1882. Años después su sucesor, el emperador Guillermo II, impulsó una política exterior más agresiva destinada a obtener para Alemania una supremacía mundial acorde a su vertiginoso desarrollo

económico y consecuente poderío militar frente a una Inglaterra en franco declive industrial. Este viraje en la política exterior derivó en la revisión del sistema colonial vía reparto de África y consecuente anexión formal de sus países entre las grandes potencias. La colonización organizó violentamente la producción y alteró todas las estructuras sociales y productivas de los territorios colonizados. También existió una abierta expoliación y saqueo del continente.

Como contrapartida, en 1907, tras haber resuelto sus propias disputas imperialistas, Francia, Inglaterra y Rusia sellaron la Triple Entente. La conformación de un sistema de alianzas interestatales defensivas en el contexto de expansión imperialista europea y extra europea (EEUU y Japón) explican el carácter continental de la contienda, el efecto dominó de declaraciones de guerra cruzadas una vez ocurrido el incidente desencadenante del conflicto, el asesinato en Sarajevo del sucesor al trono del imperio austro húngaro Francisco Fernando y su esposa en manos de un joven nacionalista serbio perteneciente a la organización clandestina Mano Negra. Frente a la mirada positivista que asigna a este hecho puntual la causalidad de la guerra, se erigen interpretaciones que profundizan el análisis más allá del plano acontecimental y enfatizan la multicausalidad del conflicto: los ya mencionados intereses económicos y geopolíticos contrapuestos de las grandes potencias, el impulso a la expansión imperialista pos crisis económica de 1873, la carrera armamentista de las décadas previas (que dan cuenta de la posibilidad de conquista violenta de territorios coloniales intensificada en el último cuarto del siglo), la exaltación de los sentimientos nacionalistas y el rol de la propaganda. En su libro *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* el escritor austríaco Stefan Zweig (2001, p. 281) deja en evidencia la insignificancia que el asesinato político de Francisco Fernando reviste para su propio pueblo e insiste en el rol crucial que juega la propaganda en la incitación al conflicto durante los dos meses transcurridos entre el atentado y las declaraciones efectivas de guerra. Al igual que muchos/as historiadores/as que han escrito sobre la Primera Guerra Mundial, sugiere que las condiciones para desatar el enfrentamiento estaban dadas y cualquier episodio, como los conflictos en el norte de África o las guerras balcánicas, podría haberse convertido en un potencial catalizador de la contienda.

Mucho se ha escrito sobre el papel del nacionalismo en la guerra. No sólo porque el detonante fuera la crisis en Sarajevo y el intento nacionalista serbio de detener el expansionismo del imperio austrohúngaro sobre los Balcanes sino también por la rapidez y entusiasmo con que las sociedades en inminente conflicto aceptaron las decisiones de sus respectivos gobernantes. El nacionalismo fomentado desde la propaganda no consideraba ni pertenencia y sentido de clase ni niveles de instrucción. Fueron excepcionales los casos de quienes lograron sustraerse al fervor patriótico. En su libro *Tempestades de acero* (2005, p. 246), el escritor alemán Ernst Jünger relata el momento exacto en que, junto a un obrero que trabajaba reparando el techo en su casa, recibe embriagado la noticia del inicio del conflicto y teme no llegar a alistarse y disparar un tiro antes de que el mismo, que se presume corto, termine. De la experiencia en el frente a partir de su reclutamiento voluntario deja testimonio en dicha obra.

¿Cómo explicar el triunfo del nacionalismo? Diversos/as autores/as señalan el proceso de democratización creciente acompañado de la construcción de un sentido de pertenencia e identificación en relación con los Estados nacionales durante el último cuarto del siglo XIX. Sin

embargo, la progresiva ampliación de las bases electorales en distintos países europeos se vio interrumpida bruscamente y las masas hicieron su aparición en el escenario político al precio de una guerra fratricida. Contra toda esperanza racionalista e ilustrada, la participación ampliada de las masas en la política no estuvo acompañada del derecho pleno y reconocido a elegir sus propios representantes, ni de la discusión racional sobre asuntos públicos ni del debate parlamentario como expresión de los disensos y pluralidad políticos sino de la guerra que, nacionalismo mediante, se convirtió en *prueba máxima de la virtud cívica* (Furet, 1996) y en expresión acabada de la crisis del liberalismo. El triunfo de la nación sobre la clase (Furet, 1996), salvo notables excepciones, adquirió su máxima expresión en los créditos de guerra que numerosos partidos socialistas nucleados en la Segunda Internacional votaron en pos de la *Unión sagrada*, contrariando y resignando sus miradas internacionalistas respecto al verdadero origen y sentido del conflicto. Las oposiciones a la guerra y el pacifismo fueron manifestaciones aisladas en medio del extendido y apabullante *consenso patriótico*.

La Primera Guerra Mundial marcó un hito fundamental en la utilización política de la propaganda, principalmente cuando la extensión temporal de la misma amenazaba con menguar el entusiasmo inicial. La propaganda estatal mediante carteles y panfletos apuntaba a fomentar el sentimiento nacionalista, incentivar al alistamiento voluntario, cimentar el odio hacia supuestos enemigos, promover el esfuerzo de la población en su capacidad productiva y en su tolerancia y aceptación de los racionamientos económicos. Con el transcurso de los años, la manipulación en la información para combatir el derrotismo en la población y la desertión de los soldados fue en ascenso. Poco tiempo después, el fascismo llevó a su paroxismo la manipulación de la técnica en la propaganda.

A pesar de las continuidades que pueden establecerse entre el siglo XX y el último cuarto del siglo XIX, la Primera Guerra Mundial es considerada una bisagra entre ambos siglos y el suceso fundante del siglo XX *corto y cruel* (Hobsbawm, 1995). Como acontecimiento catastrófico y dramático punto de inflexión, significó el fin de la civilización occidental del siglo XIX y su carácter capitalista, eurocéntrico, con sistemas jurídicos liberales; cuya corriente principal de pensamiento confiaba en la razón y en el progreso material y moral de la humanidad, y se vanagloria de sus avances científicos y educativos.

La guerra lanzó al frente de batalla a millones de personas, destruyó ciudades, impuso privaciones y racionamientos económicos, multiplicó aritméticamente la muerte de civiles calculadas en millones y dejó al descubierto la obscenidad de un escalofriante escenario no previsto por ninguno de los gobiernos al iniciarse el conflicto. A decir del historiador José Luis Romero (1997, p. 101), no sólo constituyó el *harakiri de las burguesías europeas* tras el cual nuevas fuerzas rejuvenecidas por el sufrimiento aparecen en escena sino también una crisis de conciencia impulsada por principios envejecidos que pusieron fin a la creencia decimonónica en el progreso indefinido asequible a través de la ciencia y la razón. La ciencia, puesta al servicio de la maquinaria militar, era la prueba más clara de que el progreso científico no lleva necesariamente a la felicidad humana:

Tuve que ser testigo indefenso e impotente de la más impensable caída de la humanidad en la barbarie (...) A nosotros nos estaba reservado, después de siglos, volver a ver guerras sin declaración de guerra, campos de concentración, torturas, saqueos masivos y bombardeos de ciudades indefensas, bestialidades, todas estas, que las últimas cincuenta generaciones no habían conocido y que las venideras ojalá no tengan que soportar. Pero paradójicamente, justo en el momento en que nuestro mundo retrocedía un milenio en lo moral, también he visto a esa misma humanidad elevarse a cimas insospechadas en lo técnico y lo intelectual, al superar de un aletazo todos los logros de millones de años: la conquista del éter gracias al avión, la transmisión de la palabra terrenal en un segundo por todo el globo terráqueo y, con ello, el triunfo sobre el espacio sideral, la desintegración del átomo, la derrota de las enfermedades más insidiosas, la conversión casi cotidiana de lo hasta ayer imposible en posible. Jamás hasta el día de hoy la humanidad en su conjunto se ha comportado más diabólicamente, y jamás ha alcanzado logros tan semejantes a lo divino (Zweig, 2001, p. 21).

La guerra inauguró armamento novedoso (gas venenoso, tanques, aviones, ametralladoras, dirigibles, etc.) y una nueva estrategia bélica de posiciones, la guerra de trincheras. Librada principalmente en territorio europeo en sus tres frentes occidental, oriental y balcánico, también involucró a los territorios coloniales de las grandes potencias.

Existen innumerables testimonios que dan cuenta de la barbarización y brutalidad de una guerra industrializada alimentada por la invisibilización y anonimato de las víctimas que impone la masividad de la muerte. La proliferación de tumbas a los soldados desconocidos al finalizar la contienda da muestra de ello. En 1929 el novelista alemán Erich Maria Remarque quien fuera un ex soldado raso del ejército alemán durante la guerra, escribió su célebre y desgarradora novela *Sin novedad en el frente* (1929) como un alegato fuertemente antibelicista. Llevada al cine bajo la dirección de Lewis Milestone en 1930, la película recrea una de sus escenas más estremecedoras e impactantes: el adolescente protagonista Paul Baumer sufre una fuerte crisis nerviosa al quedar en un pozo cara a cara con un soldado francés malherido tras un enfrentamiento en la zona de trincheras. La anestesia moral que lo invade cuando ametralla a mansalva desde su escondite, se tambalea cuando descubre en el supuesto enemigo su calidad de ser humano, poniendo en jaque la aceptación de las supuestas causas del conflicto y desnudando la incapacidad para dar una explicación lógica a la experiencia vivida. La negación del otro y de su entidad humana, sustrato ideológico de la conquista colonial de fines del siglo XIX y vuelta ahora hacia el corazón de la propia Europa, es también la base de las masacres del siglo XX.

Guerra total y/o democrática son expresiones que dan cuenta de lo novedoso del siglo XX: las guerras afectan a la universalidad de los/as ciudadanos/as, es cuestión de civiles y no sólo de soldados. Mención especial requiere el papel de las mujeres en el conflicto bélico. Relegadas a su rol tradicional de apéndices de los hombres, amas de casa y madres devotas, las mujeres gozaban de derechos limitados en la etapa previa a la guerra. Consideradas incapaces, débiles y eternamente menores de edad, les estaban vedados derechos civiles y políticos. La guerra no

sólo significó la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral frente a la movilización de los hombres por el conflicto y las pérdidas humanas sino un fuerte impulso al movimiento feminista, poco dispuesto a resignar lo ganado una vez finalizada la contienda. La incorporación al mundo del trabajo en fábricas de municiones, en astilleros, en campos agrícolas, como enfermeras, etc., fue necesario para mantener el nivel de producción que exigía la permanencia en la guerra. Desde una perspectiva de género la historiografía de los últimos 15 o 20 años ha recuperado la participación que las mujeres han tenido en las propias fuerzas militares, principalmente en la Segunda guerra mundial. Reconocer las transformaciones progresivas que ha sufrido el rol de las mujeres en la sociedad y el consecuente impacto en las miradas tradicionales sobre las mismas no debe ocultar las múltiples formas en que la tradición patriarcal seguía imponiendo los privilegios masculinos. Consideradas sustitutas provisionales de los hombres solían ser tratadas con desprecio, sufrían la violencia machista y eran remuneradas con menores salarios a igual trabajo.

En su conmovedor libro *La guerra no tiene rostro de mujer* (2015), la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich recupera, a partir de sus propios testimonios, las historias de mujeres que tuvieron una participación activa en las fuerzas armadas de sus países en el contexto de la Segunda Guerra Mundial; historias de mujeres que combatieron a la par de los hombres, pero cuyas vivencias fueron silenciadas por la historiografía heroica y masculina de la guerra:

¿De qué hablará mi libro? Un libro más sobre la guerra... ¿Para qué? Ha habido miles de guerras, grandes y pequeñas, conocidas y desconocidas. Y los libros que hablan de las guerras son incontables. Sin embargo... siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la «voz masculina». Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones «masculinas». De las palabras «masculinas». Las mujeres mientras tanto guardan silencio. Es cierto, nadie le ha preguntado nada a mi abuela excepto yo. Ni a mi madre. Guardan silencio incluso las que estuvieron en la guerra. Y si de pronto se ponen a recordar, no relatan la guerra «femenina», sino la «masculina». Se adaptan al canon. Tan solo en casa, después de verter algunas lágrimas en compañía de sus amigas de armas, las mujeres comienzan a hablar de su guerra, de una guerra que yo desconozco. De una guerra desconocida para todos nosotros. Durante mis viajes de periodista, en muchas ocasiones, he sido la única oyente de unas narraciones completamente nuevas. Y me quedaba asombrada, como en la infancia. En esos relatos se entreveía el tremendo rictus de lo misterioso... En lo que narran las mujeres no hay, o casi no hay, lo que estamos acostumbrados a leer y a escuchar: cómo unas personas matan a otras de forma heroica y finalmente vencen. O cómo son derrotadas. O qué técnica se usó y qué generales había. Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana. En esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los árboles. Todos

los que habitan este planeta junto a nosotros. Y sufren en silencio, lo cual es aún más terrible. Pero ¿por qué?, me preguntaba a menudo. ¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? Falta de confianza. Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida... Yo quiero escribir la historia de esta guerra. La historia de las mujeres (Alexievich, 2015, p. 13).

Fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando el mundo presenció el auténtico fenómeno femenino, Sin embargo, las mujeres eran recordadas bajo sus roles tradicionales y ocultando que existían responsabilidades que no eran exclusivas de los hombres. A partir de los relatos de distintas mujeres, la autora se propone deconstruir un relato público y épico de la guerra y recuperar las experiencias dolorosas de personas concretas. Recuperar las voces de los/as protagonistas más allá de las clases dirigentes nos permite comprender cómo la prolongación y crueldad de la guerra engendró sentimientos de asco y repudio:

Lo único que quiere todo el mundo es acabar con esto de una vez e irse a casa. Esta es honestamente la verdad, y cualquiera que haya estado en los últimos meses te dirá lo mismo.

De hecho, y esto no es una exageración, la mayor esperanza de la gran mayoría de los hombres es que los disturbios y las protestas en casa obliguen al gobierno a acabar como sea. Ahora ya sabes el estado real de la situación. Yo también puedo añadir que he perdido prácticamente todo el patriotismo que me quedaba, solo me queda el pensar en todos los que estáis allí, todos a los que amo y que confían en mí para que contribuya al esfuerzo necesario para vuestra seguridad y libertad. Esto es lo único que mantiene y me da fuerzas para aguantarlo (Rowlands, 1917).

Mucho tiempo después, en el año 2008, habiendo finalizado el convulsivo siglo XX podemos leer con una inquietante familiaridad que sólo un siglo de guerras masivas permite explicar, el testimonio del veterano de guerra estadounidense y activista por la paz Myke Prysner a propósito de la guerra de Irak:

Pero solo pude sentir vergüenza. El racismo ya no podía enmascarar la realidad de la ocupación por más tiempo, eran personas, eran seres humanos, desde entonces me asalta la culpa, puede que vea a un hombre mayor, como el que no podía caminar y lo rodamos sobre una camilla para que la policía Iraquí se lo llevara, siento culpabilidad cada vez que veo una madre con sus hijos como la que sollozaba históricamente gritándonos que éramos peores que Saddam, mientras la obligábamos a salir de su casa. Siento culpabilidad cada vez que veo a una niña joven como la que agarré por el brazo y arrastré hacia la calle. Se nos dijo que luchábamos contra los terroristas, el verdadero terrorista era yo, el verdadero terrorismo era esta ocupación, el racismo

dentro de lo militar ha sido durante largo tiempo una herramienta para justificar la destrucción y ocupación de otro país. Durante mucho tiempo se ha usado para justificar las matanzas, la subyugación y torturas de otras gentes, el racismo es un arma vital empleada por este gobierno, es un arma más importante que un rifle, un tanque, un bombardero, o que un barco acorazado, es más destructiva que el proyectil de artillería o un rompe bunker o un misil tomahawk. Mientras que esas armas son creadas y de la propiedad de este gobierno son inofensivas, mientras haya personas que se nieguen a usarlas. Aquellos que nos envían a la guerra, no tienen que apretar el gatillo o tirar una ronda de morteros. No tienen que luchar en la guerra, solo tienen que vender la guerra. Necesitan a un público dispuesto a enviar y a poner a sus soldados en peligro. Necesitan a soldados dispuestos a matar y a ser matados sin cuestionarlo. Pueden despilfarrar millones en una sola bomba, pero esa bomba solo se convierte en arma cuando los rangos militares están dispuestos a seguir órdenes para usarla. Pueden enviar al último soldado a cualquier parte del mundo, pero solo habrá guerra si los soldados están dispuestos a luchar (Prysner, 2010)

El historiador Eric Hobsbawm inicia su célebre *Historia del siglo XX* (1995) con un grupo de citas pertenecientes a distintos contemporáneos que reflejan la contradicción de un siglo de avances científicos como la medicina, pero signado por el retroceso moral que significan las catástrofes bélicas. Al respecto es interesante la correspondencia que Albert Einstein mantiene con Sigmund Freud en el año 1932 frente a la inquietante pregunta: ¿por qué la guerra? La pérdida del optimismo en el progreso científico y tecnológico en manos de una humanidad incapaz de controlar sus propias creaciones deja una imagen sombría, de incertidumbre y de una profunda crisis de la racionalidad ilustrada de la que ya daban cuenta teorías científicas (la teoría de la relatividad, el psicoanálisis) y vanguardias artísticas al comenzar el siglo (cubismo, dadaísmo, surrealismo). Lo irracional, lo subjetivo, lo inconsciente, lo onírico comienzan a ser valorizados como aspectos constitutivos y centrales de los seres humanos. Es imposible comprender la emergencia del fascismo sin retrotraernos a la guerra.

¿Cuál es el impacto inmediato de la guerra? Señala el proverbio que es fácil comenzar una guerra, pero no así terminarla. El viraje ocurrido en 1917 con la incorporación de EE.UU. (país vinculado a las economías occidentales vía intercambios comerciales y empréstitos) al bando de la Triple Entente y la salida de Rusia debido a la Revolución socialista triunfante, precipita el cese de la contienda.

En 1918, antes de que concluyera la guerra, el presidente de EE.UU., Woodrow Wilson, consciente de la consagración de su país como potencia mundial, propuso los “14 puntos” sobre los cuales debía negociarse la paz con las potencias vencidas. Buscaba asegurar el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la autodeterminación nacional, la libertad de comercio, la circulación libre en todos los territorios y mares, la reducción de los armamentos y la fundación en 1920 de un organismo supranacional de mediación y pacificación, la Sociedad General de las Naciones, que debía velar por la paz mundial y que se convertiría en la antecesora de la actual

ONU. La decisión del Congreso norteamericano de no participar contribuyó al vaciamiento y fracaso de un organismo que no pudo evitar la segunda conflagración mundial.

El fin del conflicto sumado a la salida anticipada de Rusia y la firma por separado con Alemania del tratado de Brest Litovsk, se tradujo en la reestructuración del mapa europeo y asiático: desaparecieron los viejos imperios alemán, austrohúngaro, ruso, turco y emergieron nuevos Estados como resultado de su descomposición: Yugoslavia, Checoslovaquia, Estonia, Lituania, Letonia, etc. Un nuevo mapa que, según la mirada de algunos de los vencedores, debía aislar a la flamante Rusia comunista mediante un *cordón sanitario* y debilitar a Alemania. Es interesante marcar el contrapunto entre la postura revanchista francesa respecto a Alemania y la postura inglesa identificada con la figura de J. M. Keynes, quien advierte del *peligro* que representa la flamante experiencia comunista soviética y entiende que en una Europa donde verdaderamente no hay *vencedores ni vencidos* es importante una Alemania no debilitada.

Al estilo de la vieja escuela diplomática este “zurcido sobre el mapa de Europa se contentaba con dibujar el contorno de los nuevos Estados, pero consideraba ajeno a su misión ocuparse de lo que quedaba dentro” (Romero, 1997, p. 129). En la década de los '90 los Balcanes vuelven a ser el escenario de un conflicto desgarrador que concluye con la turbulenta desaparición de Yugoslavia.

En 1919 se firmó el tratado de Versalles entre Alemania y los vencedores Francia, Inglaterra y Rusia. Alemania perdió todas sus colonias, se recortaron sus fronteras continentales y debía devolver Alsacia y Lorena a Francia (territorio que Alemania le había quitado a Francia como resultado de su derrota en la guerra francoalemana de 1871). También debía dismantelar su ejército, entregar sus tanques y naves y desmilitarizar la frontera con Francia. El Tratado imponía duras sanciones económicas en concepto de reparaciones de guerra, ya que se le adjudicaba exclusivamente a Alemania la culpabilidad de la guerra. También se firmaron tratados con los otros vencidos: con Austria (Tratado de Saint-Germain), con Bulgaria (Tratado de Neully), con Hungría (Tratado de Trianón), con Turquía (Tratado de Sévres).

El tratado de Versalles, considerado por los alemanes como una humillación y firmado por la flamante República de Weimar, devino germen de nuevas tensiones que abonaron los conflictos que desembocan en la Segunda Guerra Mundial. La imposibilidad de comprender esta segunda Guerra sin atender a las consecuencias de la primera permite pensar el período de entreguerras como una etapa de guerra permanente, una *guerra de 30 años*, donde los países involucrados debieron lidiar con nuevos problemas. Los daños y pérdidas materiales sumieron en una aguda crisis económica a todos los países europeos, tanto a los vencedores como a los vencidos. Campos arrasados, edificios destruidos y fábricas en ruinas eran un escenario repetido en la mayoría de las ciudades. Al finalizar la guerra, todas las industrias dedicadas a la fabricación de armamentos debieron reconvertirse y comenzar a elaborar los artículos que se necesitaban en una sociedad en tiempos de paz. Los campos que debían volver a producir y la reconstrucción de las ciudades requerían de inversiones de parte de los gobiernos. El papel central de los Estados en

el manejo de la economía al calor de la guerra puso en entredicho la ortodoxia económica liberal que la crisis capitalista mundial de 1929/ 1930 se encargó luego de desterrar.

El problema era que todos los países (incluso los vencedores como Inglaterra o Francia) no tenían los recursos para encarar estas acciones porque estaban sumamente endeudados. Durante los años de la guerra habían solicitado créditos y préstamos que ahora debían devolver al gran acreedor de toda Europa: los Estados Unidos. Los Estados Unidos se convirtieron en el centro financiero internacional frente a la debilidad europea y las monedas de los países europeos que habían estado en guerra se devaluaron. Además, contaba con la ventaja de que en su territorio no se habían desarrollado enfrentamientos bélicos y, por tanto, no debía afrontar ningún gasto de reconstrucción. Hacia 1923 la mayoría de los países ya habían retornado a los niveles productivos de preguerra. Excepto Italia y algunos países de Europa oriental, los gobiernos lograron estabilizarse. Esta relativa seguridad creó cierta ilusión acerca de que otro conflicto tan devastador era imposible y promovió espacios relacionados con el ocio, el goce y la ampliación de las comunicaciones para gran parte de la sociedad. Al compás de diversas transformaciones tecnológicas como la industria automotriz, comenzó a delinearse una renovada cultura de masas en la que el cine, la radio y los espectáculos artísticos y deportivos ocuparon las preferencias del público.

Un fantasma recorre Europa y Asia: La Revolución Rusa

El contexto de guerra mundial se encuentra ligado a otro hecho de consecuencias duraderas para la historia del siglo XX: la Revolución Rusa de 1917. Como primera revolución socialista en la historia de la humanidad inspirada en las ideas de Karl Marx, su importancia radica en el carácter fundante que dicho proceso tuvo para la historia del siglo XX al encarnar una nueva forma de organizar la sociedad y la economía alternativa al capitalismo y a la explotación de las clases trabajadoras que el mismo conlleva. La existencia de un Estado no capitalista, la Unión Soviética, y la amenaza que supone para los demás países por su impugnación radical al capitalismo y a la democracia liberal, marca desde entonces el tono de la política internacional.

¿Una revolución socialista en Rusia? ¿Era posible una vía de desarrollo no capitalista en países no desarrollados? Rusia era hacia fines del siglo XIX uno de los países más atrasados de Europa, su economía era abrumadoramente rural y la máxima autoridad residía en la figura de un zar que conservaba poderes absolutos bajo una forma de gobierno autócrata de larga trayectoria. La sociedad, extremadamente polarizada, estaba compuesta por una nobleza terrateniente representada por un minúsculo grupo privilegiado en contraste con una inmensa mayoría de campesinos/as en condición semi-servil y de extrema pobreza (la abolición de la servidumbre decretada en 1861 requería el pago por la libertad y la garantía de la aldea sobre el mismo). Hacia la última década del siglo XIX una burguesía industrial débil e incipiente surgió al calor del proceso industrial impulsado, tras algunas derrotas bélicas, por los últimos miembros de la familia Romanov. La modernización económica se fomentó preservando el orden social y político del

Antiguo Régimen. Las características peculiares del proceso de industrialización ruso (inversión en industria pesada, desarrollo de ciudades específicas, papel relevante del Estado y de los capitales extranjeros, etc.) se tradujeron en el nacimiento de una clase obrera combativa y altamente concentrada en términos geográficos.

En 1905 y como corolario de la derrota en la guerra contra Japón, sectores liberales pro occidentales comenzaron a cuestionar la naturaleza del gobierno autocrático zarista exigiendo cambios. Ante estos reclamos, el zar Nicolás II decidió hacer algunas concesiones que se materializaron en el establecimiento de una constitución de tinte liberal y la creación de un parlamento al que se lo conoció con el nombre de “Duma”; sin embargo, en la práctica cotidiana, el zar se encargaba de minar dichas concesiones.

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial no hizo más que acrecentar los conflictos sociales. Hacia 1917 la economía del país estaba devastada y daba muestras de serio debilitamiento. En el mes de febrero de 1917 el zar debió abdicar; ante la negativa de su hermano Miguel a sucederlo en el poder y encauzar a Rusia en la senda de una monarquía constitucional y parlamentaria al estilo inglés, los liberales conformaron un gobierno provisional que gobernó Rusia entre febrero y octubre de 1917 junto a los soviets (instituciones surgidas por primera vez en 1905 que reaparecieron durante las movilizaciones de 1917). El gobierno provisional asumió la dirección de Rusia en lo que a política nacional refería y los soviets se encargaron de la política a nivel local: una suerte de estructura de poder dual donde se encontraban representadas las diferentes clases sociales. Ante la creciente incapacidad para resolver la cuestión campesina (exigencia de entrega de tierras), la cuestión militar (exigencia de la paz) y la cuestión obrera (exigencia de mejoras en el nivel de vida de la población) y frente al asedio desde la derecha (intento de golpe de Estado del general zarista Kornílov) y de izquierda (bolcheviques), el gobierno provisional cayó en descrédito generando una creciente sensación de desgobierno y vacío de poder. Luego de varios meses de inestabilidad, los bolcheviques - quienes se apoyaban en el ideario marxista de la eliminación de las diferencias de clase a través de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción - tomaron el Palacio de Invierno iniciando así la Revolución de Octubre. Los bolcheviques eran los únicos que, a pesar de su participación activa en los soviets, rechazaban involucrarse con el gobierno provisional.

Contra la inicial mirada eurocéntrica de un Marx que piensa en Inglaterra y Alemania, convencido de la incapacidad de las sociedades asiáticas de modernizarse por sí mismas sin la intervención de Occidente, fue Lenin la figura clave y mediadora entre el marxismo y el mundo no europeo. Sin embargo, hay quienes consideran que el mismo Marx, en su correspondencia epistolar con la populista rusa Vera Zasúlich, contempló la posibilidad de una vía rusa al socialismo.

Lenin estimaba que, en situaciones históricas concretas, la voluntad revolucionaria podía impulsar la rueda de la Historia. Las cadenas del imperialismo podían quebrarse en sus eslabones más débiles. La tarea de Lenin fue aportar principios de organización y táctica a partir de la experiencia rusa, donde el campesinado, subestimado en los escritos de Marx, adquiere un papel protagónico como aliado del proletariado.

La Revolución de octubre cristalizó en los hechos la división al interior del campo socialista entre una postura reformista menchevique que, contra toda voluntad política, insistía en la inmadurez de las condiciones materiales de Rusia para una revolución socialista y otra revolucionaria identificada con los bolcheviques, que argumentaba que la caída de la autocracia no debía ser necesariamente sustituida por un orden liberal democrático para el cual no había ni cultura política, ni condiciones económicas y sociales dadas. Quienes condenan y/o cuestionan la revolución, entienden que se trató de una toma de poder aventurada de un partido minoritario que no era representativo de la clase obrera. Sin embargo, no es posible desligar esa toma del poder del proceso de movilización social enorme que atraviesa todo el año 1917 y de la creciente sensación de vacío del poder que invitaba a un partido revolucionario a ocuparlo.

Las primeras medidas tomadas por los bolcheviques fueron conocidas como *comunismo de guerra* (1917- 1921): la salida de Rusia de la guerra a través de un acuerdo firmado con Alemania (tratado de Brest- Litovsk), la nacionalización del comercio, la banca y la industria y la expropiación de tierras a los grandes propietarios para entregarla a los campesinos a título individual.

Una vez terminada la guerra con Alemania en el frente oriental, se desató una guerra civil (1918- 1920) en la que se enfrentaron el Ejército Rojo, compuesto por los bolcheviques que apoyaban la revolución y liderado por León Trotsky y el Ejército Blanco, conformado por los contrarrevolucionarios partidarios del antiguo régimen zarista, los defensores del gobierno provisional y los representantes de otras monarquías europeas que temían por el avance del comunismo en todo el continente. La guerra civil contribuyó, por un lado, a la militarización de la vida política y el establecimiento de un fuerte control de la sociedad por un partido monolítico indiferenciado respecto al Estado y, por el otro, a la necesidad de planificar y centralizar las decisiones económicas en un contexto de caída abrupta de la producción y desvalorización absoluta de la moneda.

Sólo en este contexto y a la espera de que la revolución triunfara en occidente es comprensible el reparto de tierras al campesinado como una medida política necesaria de la cual, según Rosa Luxemburgo, no había que hacer una virtud. Esta medida no socialista de reafirmación de la propiedad privada, a cambio de la contribución de los campesinos a la revolución, fue el origen de futuras discordias en torno a los límites impuestos por la pequeña propiedad agrícola al proceso de industrialización ruso. Tanto la N.E.P (1921- 1929) como los planes quinquenales estalinistas implementados a partir de 1929, fueron respuestas diametralmente opuestas a la manera en que debían resolverse esas contradicciones: la NEP proponía una industrialización moderada y a paso lento e intentaba reconciliar al campesinado con la revolución evitando las requisiciones forzosas de grano por parte del gobierno bolchevique propias de la primera etapa; los planes quinquenales colectivizaron la agricultura utilizando métodos coactivos con el objetivo de sentar las bases para una industrialización acelerada pero al precio de la ruptura definitiva de los/as campesinos/as con la revolución. La impresionante transformación de la estructura económica rusa durante el período estalinista fue posible por la creación de un aparato de control, coerción y represión contra todo tipo de disidencia respecto a la política oficial.

Mucho se ha debatido respecto al estalinismo y a Stalin. Artífice del desarrollo industrial y crecimiento urbano de Rusia y de la derrota de Hitler en la Segunda Guerra mundial, lo es también del terror despiadado contra los propios militantes del partido. ¿Existe continuidad entre Lenin y Stalin? ¿El terror estalinista fue parte de una característica consustancial a toda revolución o una *degeneración burocrática* de la misma?

La historiografía sobre el terror rojo se organiza en términos similares a los del debate sobre el significado de Octubre. Por un lado, están los historiadores que enfatizan la autonomía bolchevique y argumentan que el terror fue una consecuencia lógica de la naturaleza “totalitaria” de la ideología bolchevique o de la despiadada determinación de mantenerse en el poder a cualquier precio. Por otro, están los historiadores que podrían denominarse “contextualistas”, que tienden a considerar el terror como una respuesta, ya sea a las circunstancias inmediatas en las que se encontraron los bolcheviques, como, por ejemplo, la situación de la seguridad en Petrogrado en 1918, o bien a la guerra civil con su lógica política de polarización y su cultura embrutecedora. Desde esta perspectiva, el terror fue en gran medida una respuesta a las tramas contrarrevolucionarias de la oposición al régimen. Sus autores subrayan que las conspiraciones contra los bolcheviques fueron numerosas. La “contrarrevolución”, para esta corriente, no fue producto de la imaginación bolchevique o un mecanismo ideológico diseñado para reafirmar la unidad a través de la creación de un “otro” implacable. Diferencian este terror del instrumentado luego por Stalin aduciendo que este último se dirigió hacia enemigos en buena parte imaginarios, mientras que los bolcheviques de la primera hora combatieron a enemigos reales (Béjar, 2015, p.140-141).

Tal como señala la cita, los bolcheviques llegan a poder en 1917 en condiciones de enorme fragilidad en cuanto a las condiciones que atravesaba Rusia en contexto de guerra, a la unicidad de su experiencia en un mundo capitalista y a las tareas de gobierno que se proponía. El peligro de la contrarrevolución permanecía latente y real. En este contexto se da una política de guerra de clases que se percibía como la condición de la permanencia y estabilidad en el poder. Muy distinta es la experiencia estalinista donde, a pesar de la soledad de su existencia, la Rusia revolucionaria llevaba 15 años en el poder. Durante el estalinismo y en el marco del período de entreguerras una maquinaria del terror se puso en marcha y fue dirigida contra militantes del propio partido que eran acusados de diversos delitos sin ningún tipo de pruebas. El disciplinamiento feroz encontró su peor expresión en los gulags soviéticos.

La Revolución rusa marcó un hito en la historia universal: todos los movimientos y revoluciones posteriores la tomaron como el ejemplo a seguir o a rechazar. Tras una serie de revoluciones fallidas en Europa, la revolución rusa resignó la idea de una revolución mundial y sobrevivió en soledad en un mundo capitalista.

La crisis económica de 1930: el *crack* de La Bolsa y de la ortodoxia liberal

Durante los años transcurridos entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la segunda, Europa asistió a una época convulsiva atravesada por fluctuaciones económicas y creciente conflictividad social. La insistencia en la implementación de medidas y recetas liberales ortodoxas desnuda la incapacidad e impotencia del liberalismo burgués para enfrentar las consecuencias de las transformaciones ocurridas durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX. Tras los primeros y dificultosos años de posguerra de la primera parte de la década del '20, los europeos vivieron un corto período de efímera prosperidad (*los felices años '20*); sin embargo, el quiebre bursátil de 1929 y su impacto en la economía mundial convirtió esa breve prosperidad y estabilidad económica en un asunto del pasado. Si bien el fascismo llegó al poder en Italia a principios de la década del '20, las ideas y doctrinas anti ilustradas comenzaron a afianzarse fuertemente en suelo europeo durante la década del '30 llegando a su expresión más siniestra: el régimen nazi en Alemania.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, era claro el declive de Inglaterra como potencia y el ascenso de EE.UU. Convertido en acreedor internacional (a pesar de su vuelta a una postura aislacionista en lo que a política exterior refería) y en poder financiero fundamental para la reactivación del comercio mundial y para la reconstrucción de las dañadas economías europeas, las tres presidencias republicanas que se sucedieron en la década del '20 adoptaron medidas tendientes a beneficiar a los principales grupos económicos. Fue notable el ascenso acelerado y el aumento de la productividad de sectores como la construcción, la industria eléctrica, química y automotriz; algunas de estas ramas atravesadas por importantes avances como la adopción en el sistema de producción de la gestión científica del trabajo y la cadena de montaje (fordismo). Transformaciones hiperbolizadas e inmortalizadas en la película *Tiempos modernos* (1936) de Charles Chaplin en la que Charlot, un obrero no calificado y recientemente empleado, sufre en su propia psiquis y al precio de la enajenación total las consecuencias de la eficiencia de la industrialización y la producción en cadena.

El aumento de la productividad, sin un correlato paralelo en la ampliación de un mercado de masas lo suficientemente significativo como para absorber la producción, puso en evidencia las contradicciones del sistema capitalista. A pesar de los avances en la ampliación del crédito, la inversión en el mercado bursátil y el desarrollo de la publicidad, sin un incremento salarial que implicara mayor poder adquisitivo, el estímulo real a la demanda no podía sostenerse en el mediano plazo ni generar una expansión duradera.

La supremacía estadounidense acarrió nuevos problemas debido a la autosuficiencia alcanzada por su economía que no requería de importaciones para sostener su ciclo productivo siendo al mismo tiempo el principal productor mundial. Esta situación amplificó los efectos de la crisis. El superávit productivo de EE.UU. sumado a la arquitectura financiera de vinculación de los créditos que los aliados debían pagarle con la deuda que Alemania mantenía con ellos tal como establecía el tratado de Versalles, explican cómo una crisis originada en un país convertido en

potencia dominante, pero que no asume el papel de estabilizador de la economía mundial, termina teniendo alcance mundial.

Al mismo tiempo, las principales economías europeas insistían en aplicar políticas económicas deflacionarias que entendían el equilibrio presupuestario y la revalorización de las monedas en función del patrón oro como garantía para la estabilidad. Según el historiador Eric Hobsbawm las políticas ortodoxas, la autosuficiencia de EE.UU. y el hundimiento de sistemas monetarios como el ruso y el alemán, constituían indicios de la ralentización del crecimiento económico y el retroceso en la integración económica internacional. El *crack* de la Bolsa de Nueva York fue el resultado de la desviación de los beneficios de las grandes empresas del sistema productivo al financiero. La fiebre bursátil fue ahondando la distancia entre el valor artificial de las acciones y la marcha real de la economía, provocando el colapso: quiebras de empresas y bancos, devaluación de las monedas, abandono del patrón oro y el peor de los problemas y males sociales, el desempleo. Imágenes desoladoras de gente sin empleo, sin hogar, sin seguridad social y haciendo colas en ollas populares transformaron la cotidianeidad en algo diametralmente distinto a las promesas del *american way of life*.

Lo que nos interesa resaltar aquí es que la crisis económica puso en franca evidencia la incapacidad e inoperancia del liberalismo *laissez faire* para dar respuestas satisfactorias y dejó al descubierto la necesidad de nuevas miradas y nuevas recetas:

Curiosamente, el sentimiento de catástrofe y desorientación causado por la Gran Depresión fue mayor entre los hombres de negocios, los economistas y los políticos que entre las masas. El desempleo generalizado y el hundimiento de precios perjudicó gravemente a estas masas, pero estaban seguras de que existía una solución política para esas injusticias - ya fueran en la derecha o la izquierda - que haría posible que los pobres pudieran ver satisfechas sus necesidades. Era, por el contrario, la inexistencia de soluciones en el marco de la vieja economía liberal lo que hacía tan dramática la situación de los responsables de las decisiones económicas. A su juicio, para hacer frente a corto plazo a las crisis inmediatas, se veían obligados a socavar la base a largo plazo de una economía floreciente... (Hobsbawm, 1995, p. 101).

La crisis, sus efectos devastadores y el temor a la expansión comunista, promovieron la aceptación indiscutida o resignada, según el caso, de la intervención estatal en la economía con la finalidad de evitar y/ o minimizar las recesiones. Si bien la doctrina keynesiana defensora de la necesidad del gasto deficitario del Estado como estímulo necesario a la demanda y política anti-cíclica, devino en políticas gubernamentales luego de la Segunda Guerra Mundial, en entreguerras surgieron los primeros ensayos en tiempos de paz de intervenciones estatales contra las oscilaciones y vaivenes del ciclo económico.

A pesar de la diversidad de experiencias políticas existentes en la etapa de entreguerras como las democracias liberales (Francia, EE.UU., Inglaterra, Suiza, Holanda y Bélgica), fascismos (Italia y Alemania), socialdemocracias (Escandinavia), dictaduras (Europa del este y península ibérica) y comunismo (Unión Soviética), todas cuestionaron las recetas liberales clásicas y

promovieron una activa intervención del gobierno en el plano económico- social. El EE.UU. del *New Deal* constituyó un ejemplo paradigmático: sin generar déficit presupuestario, el programa de los *Cien días* de Roosevelt promovió leyes sobre fondos asistenciales, proyectos de obras públicas, leyes de recuperación económica vía planificación y control de la producción, etc.

Vivir peligrosamente: el fascismo en suelo europeo

La agudización de la crisis del liberalismo iluminista promovió reacciones disímiles: desde el pacifismo a ultranza a posicionamientos radicales que entendían la guerra como una experiencia purificadora y regeneradora y que exaltaban el espíritu de camaradería de la trinchera, los valores de fuerza y coraje, la vitalidad juvenil, entre otros. Estos últimos fueron el sustrato de regímenes autoritarios de nuevo cuño como el fascismo italiano y el nazismo alemán: una derecha que movilizaba y canalizaba a las masas, recogía demandas sociales y se proponía como alternativa a la desfalleciente democracia liberal y a la temida revolución internacional comunista por parte de las clases dominantes. Numerosos/as autores/as han insistido en la necesidad de comprender al fascismo como una corriente política nueva, una *derecha revolucionaria* que *aggiornaba* elementos tradicionales como la exaltación del pasado representado por el Imperio Romano en el caso de Italia y el Sacro Imperio Romano Germánico en el caso de Alemania con elementos novedosos como el uso de la propaganda y el desarrollo de la tecnología. No proponían una vuelta a un pasado remoto feliz y perdido sino la construcción de una sociedad nueva al precio de una ruptura total con los moldes de la política tradicional y el sistema democrático parlamentario. Hay quienes refieren a estas experiencias como modernismos reaccionarios.

Independientemente si llegaron al poder o no, resulta significativo analizar quiénes se identificaron con el ideario fascista en aquellos países en los que hubo movimientos que se reconocían como tales. Al respecto no es llamativo la cantidad de ex combatientes de la guerra que formaron parte de los grupos paramilitares: la dificultad de comprender racionalmente la experiencia límite vivida incentivaba a una especie de culto a la muerte, de mística belicista. El fascismo captó la adhesión de importantes sectores medios urbanos y rurales dislocados por el desarrollo económico de las últimas décadas y temerosos del avance del comunismo. Los grupos propietarios, desconfiados de estos movimientos liderados por personajes considerados outsiders de la política tradicional, plebeyos, carismáticos, y con un repertorio de acciones muy distantes al debate parlamentario, superaron su sospecha inicial (alimentada por iniciales discursos anticapitalistas) cuando comprendieron que no sólo constituían una resistencia y defensa más sólida del comunismo sino también una eficaz restauración del orden que la inacción de gobiernos liberales timoratos no podían resolver.

¿Cómo y por qué los fascismos llegaron al poder en Italia y Alemania? En ninguno de los casos lo han hecho mediante la vía electoral o a partir de un golpe de Estado. Para explicar el acceso al poder es fundamental dar cuenta de la complicidad de las élites liberales gobernantes que delegaron en los fascistas la responsabilidad de restaurar el orden y creyeron, equivocadamente, que

podrían controlarlos. A partir de estudios comparativos con otros países donde el fascismo no superó su fase movimientista, autores como Robert Paxton insisten en que el ascenso al poder no era ni inevitable ni la cristalización del exclusivo poderío de estos movimientos. Tanto en Italia como en Alemania las élites dirigentes incapaces de organizar partidos de masas decidieron convocar a los líderes fascistas al gobierno y, en ambos casos, terminaron siendo fagocitados por los mismos. El triunfo del fascismo fue el resultado de la impotencia del liberalismo, pero también de su connivencia y complicidad (Paxton, 2005)

Resulta relevante remarcar algunas características compartidas por ambos países: democracias liberales de breve trayectoria, industrialización tardía (más pronunciada en el caso alemán) plagada de contradicciones sociales, clase obrera concentrada y movilizadora, presencia de partidos de izquierda fuertes aunque divididos, contextos de alta conflictividad social (el bienio rojo en Italia y la crisis de 1930 en Alemania), radicalización política y naciones humilladas al finalizar la guerra ya sea mediante tratado de Versalles en el caso de Alemania o por una victoria frustrada y mutilada en el caso de Italia.

No es el objetivo de este capítulo enumerar las medidas que ambos regímenes implementaron desde el poder, pero sí destacar que intentaron revolucionar el Estado remodelándolo, y, al mismo tiempo, subordinando a la sociedad mediante una combinación de terror, integración y ciertas concesiones. Rompiendo con la ortodoxia liberal y frente al enorme desempleo que acuciaba a Alemania, uno de los objetivos iniciales de Hitler fue incentivar una política de pleno empleo a partir de la activa intervención del Estado en la economía sin cuestionar la propiedad privada de los medios de producción. La piedra angular de su proyecto era la eliminación de las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles y la puesta en marcha de un plan de rearme, desarrollo de obras públicas y modernización de los sistemas de transportes.

Existen importantes diferencias entre ambas experiencias fascistas en cuanto al grado de concentración de poder que lograron los partidos ya en el gobierno (más fuerte en el caso alemán que en el italiano donde Mussolini debió convivir con dos instituciones tradicionales como la monarquía y la Iglesia) y en cuanto al lugar que ocupó el antisemitismo y el racismo. En Italia las políticas antisemitas fueron más bien tardías y tomadas a instancias de la consumación de la alianza con Alemania.

La reactivación de Alemania a partir del rearme fue de la mano de una política exterior más agresiva que no se contentaba con recuperar las fronteras previas al tratado de Versalles (algo con lo que el Ejército alemán estaba de acuerdo) sino con conquistar el *lebensraum* o espacio vital. De difícil precisión, dicho espacio implicaba reagrupar a la población de habla alemana y expulsar a todo/a aquel/la que no fuera parte de la raza aria. El expansionismo alemán se expresó en la remilitarización de Renania, la intervención activa en la guerra civil española (1936-1939), la firma de un pacto de amistad con la Italia fascista en 1936 (Eje Roma- Berlín) y con Japón (Pacto anti-Komintern), la anexión de Austria, el reclamo sobre la región checoslovaca de los Sudetes, la ocupación de Checoslovaquia y, finalmente, la de Polonia en 1939. Entre 1933 y 1939, Francia e Inglaterra, temerosas de quedar envueltas en una nueva contienda, aceptaron el avance nazi como una forma de aplacar las exigencias de Hitler. El temor al comunismo y una

apreciación errática respecto a la posibilidad de satisfacción de las demandas alemanas, contribuyeron a esa política de apaciguamiento. La invasión a Polonia convirtió esa inacción en el detonante del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la invasión a Polonia cobró forma el plan antisemita de concentración de los judíos en guetos. La llamada *solución territorial* sucedió a todo un arco de leyes raciales (las leyes de Nuremberg de 1935) que definían, identificaban y segregaban a la población judía institucionalizando la discriminación y la persecución. Si bien el antisemitismo, el racismo, la homofobia fueron consustanciales a la ideología nazi, es necesario comprender cómo fue posible la adopción de la *solución final* o exterminio masivo e industrializado de personas. Frente al avance en oriente al calor de la guerra y de un régimen cada vez más corrosivo de las estructuras estatales se va produciendo una radicalización progresiva que conduce en 1941 hacia genocidio final. Considerado emblema de la violencia contra la condición humana *per se*, el exterminio nazi no carece de precedentes en cuanto a experiencias genocidas (la conquista de América, la esclavitud moderna, el genocidio armenio en manos de los turcos, etc.) pero sí introduce la novedad de la serialización e industrialización de la muerte. Enzo Traverso analiza en su libro *La violencia nazi. Una genealogía europea* (2002), la lógica fordista del campo de concentración y exterminio: producir la mayor cantidad de cadáveres en menor tiempo y al costo más bajo posible.

En este sentido puede ser considerado una de las caras posibles de la Modernidad o, como señalaban intelectuales de la escuela de Frankfurt como Max Horkheimer y Theodor Adorno desde una mirada claramente eurocéntrica, una *aporía del Iluminismo*.

Interpretaciones sobre el nazismo

Existen interpretaciones historiográficas sobre el fenómeno nazi que atienden principalmente al papel de Hitler dentro de la estructura nazi de gobierno y a la posibilidad de consecución del exterminio o “Solución final”. Algunas de estas interpretaciones tienden hacia una mirada psico histórica del fenómeno y lo reducen a la figura de su líder.

También existen interpretaciones en torno a la naturaleza del nazismo: aquellas que estipulan que el nazismo fue una *enfermedad moral* que no puede circunscribirse a la historia alemana (Meinecke y Ritter), aquellas que interpretan al nazismo como un totalitarismo (visión que no es producto de la guerra fría pero que adquiere poder en los '50) y aquella que propone la idea de un Sonderweg o vía particular de una historia alemana trunca y encaminada hacia la catástrofe.

Si bien los debates y las controversias son ingredientes fundamentales para el avance del conocimiento histórico, en el caso del nazismo las disputas adoptan un tono particular debido a la dimensión moral que adquiere el debate cuando se trata de comprender la emergencia de un fenómeno que ha generado una matanza sistemática de más de seis millones de personas. ¿Es intelectualmente posible explicar Auschwitz? En el caso de que lo fuese: ¿significa comprender, perdonar o trivializar? ¿Hasta dónde historizar una experiencia histórica dramática equivale a normalizar?

Ian Kershaw en *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (2004), distingue tres tipos de interpretaciones sobre el nazismo con las que discute y a partir de las cuales construye su propio marco explicativo:

1- La interpretación liberal: presupone la autonomía del ejecutivo político, minimiza los factores socioeconómicos y otorga un significado primordial a la intencionalidad de los actores privilegiando, en algunos estudios, los análisis de tipo psicohistórico. En este caso podríamos hablar de *Hitler centrismo*. El nazismo se explicaría en función de la *Weltanschauung* o visión de mundo de Hitler (“amo del Tercer Reich”) ya puesta de manifiesto en *Mein Kampf* y convertida en base programática del Tercer Reich cuando éste se hizo con el poder. Es factible hablar indistintamente de nazismo o hitlerismo. Si bien existen diferentes posturas dentro del enfoque liberal (entre los que aceptan y no aceptan el concepto totalitarismo aplicado a la Alemania nazi y a la URSS) existe un común denominador: la centralidad otorgada a los actores en desmedro de un análisis de la trama política y socioeconómica.

2- La interpretación marxista: podemos distinguir dos grandes grupos dentro de dicha interpretación. La primera es la interpretación marxista leninista clásica elaborada por la tercera internacional o Komintern que describe al Estado nazi como la dictadura terrorista más extrema del capital financiero pero que encuentra serios problemas a la hora de analizar la consecución de objetivos ideológicos irracionales como la guerra y el exterminio sistemático de judíos. La segunda es la interpretación marxista que apela a los modelos de bonapartismo (Trotsky, Bauer, Thalheimer) y a las teorías del Estado de Gramsci (Poulantzas). Dichos autores, reconocen el papel de *outsider* político de Hitler en un contexto de punto muerto en la lucha de clases, lo que les permite explicar a través de la distinción entre poder social y poder político y con diferencia de matices, cierta primacía de la política (principalmente en lo que a antisemitismo y política exterior se refiere) por sobre los intereses del capital. Desde esta mirada, Hitler no es un mero títere del capital, sino que logra cierta autonomía que le permite poner en marcha políticas como el exterminio y que derivan de una ideología racista y antisemita.

Kershaw rescata de Gramsci el concepto de cesarismo político entendido como la misión que se le asigna a un líder carismático para hacer de árbitro en una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas que se encamina hacia la catástrofe. En este sentido y según Poulantzas (quien dentro de estos análisis es el que menos lugar le otorga a la primacía de la política) la función del Estado fascista era actuar como mediador en el restablecimiento de la dominación y hegemonía política de los grupos amenazados en la crisis general. Si bien Kershaw reconoce en estos trabajos el mérito de haber renunciado a una explicación reduccionista al estilo Komintern, destaca el hecho de que son solo útiles para pensar el momento de la toma de poder (asociada al fracaso de la política de élites y a la crisis de un sistema político pluralista y de representación de intereses) pero no para ahondar en la naturaleza y el alcance de la autonomía del régimen nazi una vez instalado en el poder.

3- La interpretación funcionalista o estructuralista: representada de manera cabal por Mar-tín Broszat y Hans Mommsen e insinuada en la década del '40, este tipo de interpretación recibe su nombre por contraposición a aquellas interpretaciones que ponen un excesivo acento en el

análisis de las “intenciones de Hitler”. El interés está focalizado en la “anarquía institucional del Tercer Reich”, en el carácter amorfo de gobierno, en la ausencia de una planificación clara y una dirección coherente, en la conformación de un gobierno policrático (donde Hitler es el elemento integrador de fuerzas dispares y contradictorias) y una estructura de poder multidimensional que conduce a una progresiva radicalización del régimen nazi y, con ella, al exterminio sistemático de personas o “solución final”. La particularidad de la estructura interna del gobierno nazi ya no es vista como una estrategia implementada por Hitler para conservar su poder absoluto sino como el resultado de una forma de autoridad carismática que la coyuntura ayudó a crear y que Hitler supo aprovechar (y es en este marco de referencia donde se reconoce la importancia de la figura Hitler y de sus obsesiones ideológicas). Hitler es visto más que como un creador de políticas, como alguien que ejerce una autoridad simbólica y, desde ese lugar, sanciona las presiones ejercidas por otras fuerzas cumpliendo así su *Weltanschauung* un papel funcional. El antisemitismo, el *lebensraum*, el antibolchevismo funcionaron como *metáforas ideológicas* y como delineamientos para la acción.

Kershaw propone un estudio ecléctico que intenta combinar estructuras y actores. Para ello recurre a la idea de cártel de poder hacia 1933 entre diferentes bloques (élites, partido nazi y Ejército) con afinidad de intereses, aunque no con identidad de objetivos (represión de la izquierda y rearme, es decir, estabilización política y económica). Una vez en el poder, las SS como encarnación institucional de la autoridad carismática fueron no solo el cuarto integrante de ese cártel sino el actor principal que permitió, sobre todo a partir de 1938, la autonomía respecto de las élites y del aparato estatal. Si bien Kershaw no descarta en el momento de analizar las condiciones que hicieron posible al nazismo corrientes de continuidad en la cultura política alemana, se centra preferentemente en un período corto caracterizado por las crisis en varios niveles que sufrió la República de Weimar.

Otros historiadores como Enzo Traverso, más que analizar la manera en que el movimiento nazi llegó al poder y las formas bajo las cuales la radicalización de ese movimiento hizo posible el Holocausto, está interesado en buscar sus orígenes en el contexto más amplio de la civilización occidental. A partir de aquí es lógico que su análisis no esté centrado en la figura de Hitler y ni siquiera en el contexto específico alemán (aunque reconozca ciertas particularidades de este).

Traverso considera que ciertos análisis historiográficos conllevan en su seno una visión apologética de Occidente. No dan cuenta acabadamente de los elementos materiales e ideológicos de larga data que hacen inteligible la aparición de un fenómeno como el nazismo. Traverso no pretende caer en una historización relativizante ni en una historia sin sujetos, sino construir una explicación que sin ser “shoa céntrica” permita inscribir el nazismo en la historia europea sin caer en una trivialización. Para el autor, lo que hace singular al genocidio perpetrado por los nazis, lo que lo distingue históricamente de otros asesinatos masivos, es la excusa que encontraron para justificarla y a la que el autor, no sin cierto candor, la llama “objetivo”, en el sentido de finalidad: la remodelación biológica de la humanidad. El judeocidio fue una masacre perpetrada sin odio (“la banalidad del mal”) gracias a un sistema de producción industrial de muerte. El autor repasa el conjunto de circunstancias materiales e ideológicas previas compartidas por Occidente que se

conjugaron produciendo una síntesis novedosa bajo el nazismo y que permitieron el holocausto: la despersonalización de la muerte con la aparición de la guillotina a fines del siglo XVIII, el criterio fordiano de producción en cadena luego aplicado a la matanza industrial de gente, la indiferencia moral como rasgo característico de la moderna burocracia, la relación entre la noción de espacio vital y la doctrina malthusiana de control demográfico, el darwinismo social y la construcción del “Otro” como una raza inferior a la que era necesario civilizar en el marco de la política expansiva de las potencias coloniales en África y Asia. Bajo el nazismo, el judío era ese otro que concentra en sí todos los males posibles y al que era necesario erradicar en el marco del conflicto entre cultura y civilización.

Tanto Kershaw como Traverso reconocen la excepcionalidad del nazismo, pero esto no los conduce a privilegiar el factor personalidad como la clave explicativa de dicha excepcionalidad. Ambos autores hacen hincapié en los factores previos (Traverso en una coyuntura más amplia que enfatiza el marco cultural e ideológico occidental, Kershaw en un contexto político, social y económico más acotado) que posibilitan la inteligibilidad de un fenómeno que sigue siendo un desafío para la razón. Ambos reconocen la importancia de ese hecho fundante del siglo XX que fue la primera guerra mundial y reconocen cierta particularidad alemana en su conformación como Estado Nación, pero no atribuyen a esta particularidad el abecé de la explicación del nazismo. Ambos autores rechazan los análisis monocausales que solo logran reducir las complejidades de un fenómeno clave e intentan construir explicaciones que, sin banalizar el nazismo, puedan acercarnos a comprender aquello que con tanta justicia puede denominarse “la razón de la sinrazón”.

La llegada de Hitler al poder en Alemania convierte al fascismo en un fenómeno de dimensión europea. Con el avance de la guerra, hacia 1941, se polariza y radicaliza la lucha entre quienes se consideran herederos de la Ilustración (liberalismo y comunismo) y quienes se definen esencialmente como anti iluministas (fascismos). En esta *guerra civil europea* son los/as intelectuales europeos/as que rechazaron el fascismo los/as primeros/as en alinearse dentro de un bando antifascista y encontraron en la guerra civil española una dimensión simbólica de esa causa supranacional que los/as convocaba al combate ideológico y donde lo que estaba en juego era el porvenir de Europa. Es muy ilustrativo al respecto el manifiesto escrito por el Comité de Vigilancia de los/as intelectuales antifascistas, primera agrupación lograda entre comunistas y no comunistas en Francia:

Unidos por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de los motines fascistas de París y de la resistencia popular que les ha hecho frente ella sola, declaramos a todos los trabajadores, nuestros camaradas, nuestra decisión de luchar junto a ellos para salvar de una dictadura fascista los derechos y las libertades públicas que el pueblo ha conquistado” (Lottman, 2006, p. 125-126).

La Segunda Guerra Mundial no sólo fue un conflicto infinitamente más destructivo que la primera, también significó la derrota de los fascismos. Tal como señala Hobsbawm (1995, p. 17): “Una de las ironías que nos depara este extraño siglo es que el resultado más perdurable de la

revolución de octubre, cuyo objetivo era acabar con el capitalismo a escala planetaria, fue el haber salvado a su enemigo acérrimo tanto en la guerra como en la paz”. Derrotado Hitler, afloraron las diferencias de los ex aliados dando inicio al enfrentamiento político, ideológico, económico y militar conocido como Guerra Fría. Para el mundo capitalista, el enemigo comunista sustituye al enemigo nazi y ambos se convierten en los rostros totalitarios del siglo XX. No sería adecuado reducir la complejidad del mundo durante el período de entreguerras a los *horrores del totalitarismo* como lo hace una extendida interpretación típica de la Guerra Fría que equipara la experiencia alemana con la soviética. Existe una accidentada relación entre capitalismo y democracia liberal que el discurso hegemónico dominante procura naturalizar:

Hay un cierto anacronismo en la aproximación de aquellos que, tal como François Furet, oponen virtudes bienhechoras de un liberalismo históricamente inocente y políticamente clarividente, verdadera antítesis de los totalitarismos, al antifascismo de los intelectuales. Inspirada por un conformismo retrospectivo y desprovista de toda historización, esta visión es puramente ilusoria (Traverso, 2009, p. 258).

Si el antifascismo fue posible para aquellos que no comulgaban con el comunismo fue precisamente por el contexto de depresión económica internacional, de ascenso del fascismo y de crisis profunda de las instituciones liberales. La guerra civil europea no constituyó un derrape ni un paréntesis en el camino ineluctable hacia la democracia actual. Desestimar esa mirada teleológica nos permite pensar históricamente y, tal como señala Enzo Traverso (2009, p. 11) “restablecer una perspectiva histórica contra el anacronismo hoy fuertemente extendido que proyecta sobre la Europa de entreguerras las categorías de nuestra democracia liberal como si se tratara de normas y valores atemporales”.

Referencias

- Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Buenos Aires: Debate.
- Béjar, M. D. (2011). *Historia del siglo XX. Europa, América, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Béjar, M. D. (2015). *Historia del mundo contemporáneo (1870-2008)*. La Plata: EDULP. Carpetas docentes de Historia del mundo contemporáneo (www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar).
- Carr, E. H. (2007). *La revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917- 1929*. Madrid: Alianza.
- Fitzpatrick, S. (2005). *La revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Furet, F. (1996). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Madrid: FCE.
- Hobsbawm, E. (1995). *El Siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- Junger, E. (2005). *Tormentas de acero*, Editorial Tusquets

- Kershaw I. (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Bs As: Siglo XXI.
- Lottman, H. (2006). *La Rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935-1959*. Barcelona: Tiempo de memoria Tusquets editores.
- Paxton, R. (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.
- Procacci, G. (2005). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Prysner, M. (2008). *Discurso como veterano de la guerra de Irak*. Disponible on line <https://www.youtube.com/watch?v=BMLMfULobE4>
- Remarque, E. M. (1929). *Sin novedad en el frente*. Berlín, Propyläen Verlag.
- Resnais, A. (1955) "Noche y niebla".
- Romero, J. L. (1997). *El ciclo de la Revolución contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Rowlands, L. (1918). *Carta a su esposa desde el frente de batalla*. Citado en *Carpetas docentes de Historia del mundo contemporáneo* (www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar)
- Link: <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-2/fuentes/la-primera-guerra-mundial-y-la-revolucon-rusa/fuente-3>
- Traverso, E. (2002). *La violencia nazi. Una genealogía europea*. FCE.
- Traverso, E. (2009.) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea 1914- 1945*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Zweig, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: El Acantilado.